



En marzo de 1522 Ignacio de Loyola vive un momento de gran drama moral: a su paso por el pueblo de Luceni, después de discutir con un musulmán sobre temas religiosos, Ignacio siente que su obligación moral le llama a dar un fuerte castigo al musulmán, incluyendo la muerte de este por blasfemar contra la Virgen María. Por suerte, la llamada interior a seguir a Jesucristo haciendo el bien es más fuerte que la ciega ética del

honor del caballero cristiano. Sintiendo la duda interior, decide suspender su juicio y dejar que sea el juicio de Dios quien decida. Así suelta las riendas de su mula y pide a Dios que dirija sus pasos: si la mula toma el camino hacia Pedrola (según el historiador Plazaola sj.), entonces él seguirá al musulmán

y le castigará como merece; si la mula sigue el Camino Real, entonces todo quedará perdonado. La mula tomó el camino de la reconciliación y el entendimiento. San Ignacio empezó a creer que lo mejor era dejarse llevar por la sabiduría del Espíritu y ser flexible, fluir con la vida. Este evento causó gran impresión en Ignacio que treinta años más tarde aún lo explicaba a sus compañeros jesuitas.

Gracias a los donativos de varios peregrinos particulares, y muy en especial de los peregrinos de Filipinas, de la CVX, conseguimos que el escultor Ramón Oms, de Manresa, nos hiciese una bella escultura representando aquel encuentro del 1522.

Ahora todos los peregrinos, a su paso por el pueblo de Luceni, pueden contemplar la escultura y sentir la presencia de Íñigo cabalgando en su mula. Un episodio de su vida que recordaba con gran claridad y relató en su Autobiografía.

Muchas gracias a todos los que han colaborado. ¡Vengan a verla en Luceni!

